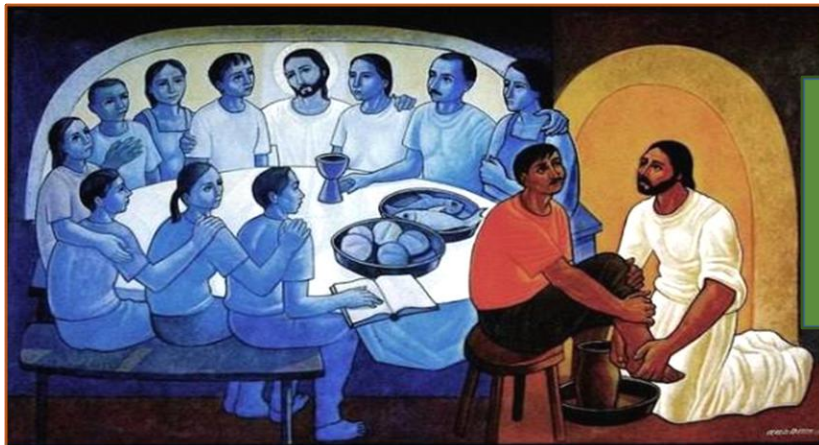




¿Hay una guerra litúrgica en la Iglesia?

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Desde la elección de León XIV, la cuestión de la liturgia celebrada según el Misal de 1962 ha vuelto a despertar expectativas, preguntas y, también, cierta preocupación. Hay quienes hablan de la existencia de una "guerra litúrgica", es decir, una forma de presión ejercida por grupos tradicionalistas, mediante la cual pretenden que León XIV rompa la línea mantenida por su predecesor y abrogue un documento de Francisco, en el que ponía límites a la celebración de la "Misa tridentina".

Pero ¿se trata de una cuestión puramente litúrgica -en esta supuesta "guerra"- o hay algo mucho más importante y profundo?

Como el tema me interesa, y ha sido objeto de conversaciones en varios ámbitos, he tratado de buscar luz. Estas páginas son el fruto de esta búsqueda, y la consiguiente reflexión.

Cuestiones sobre la mesa

Efectivamente, algunos sectores vinculados a la liturgia tradicional esperaban que las restricciones establecidas por el papa Francisco fueran revisadas e, incluso, abolidas.

El propio León XIV, en un encuentro con obispos franceses, habló de buscar "soluciones concretas que permitan la inclusión generosa de quienes están sinceramente adheridos al *vetus ordo*" y se refirió a la situación creada en torno a la celebración de la Misa como una "herida dolorosa" que afecta precisamente al "sacramento mismo de la unidad". Pero la situación no parece dirigirse, al menos por ahora, hacia una modificación de fondo.

Creo que las palabras del Papa norteamericano-peruano van más en una línea pastoral y conciliadora, buscando siempre la unidad.

El cardenal Arthur Roche, prefecto del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, por su parte, ha señalado que el motu proprio *Traditionis custodes*, el documento promulgado por Francisco en 2021, continúa vigente.

La expresión latina *motu proprio* significa literalmente "por propia iniciativa". Se utiliza para designar un documento pontificio promulgado directamente por el Papa por iniciativa propia.

Y, a través de unas declaraciones a un diario italiano, el cardenal Robert Sarah ha entrado en el asunto defendiendo, públicamente, el valor espiritual de la liturgia anterior a la reforma conciliar y ha expresado sus críticas hacia algunas decisiones tomadas por el papa Francisco, en concreto, al motu proprio que acabamos de mencionar.

Que nadie se engañe. Las cuestiones puestas sobre la mesa son, en realidad, mucho más profundas que la discusión sobre el latín.

Brotan aquí una serie de preguntas, cuyas respuestas no se pueden eludir, pues son fundamentales: ¿Qué celebramos? ¿Qué entendemos por Tradición? ¿Cómo debemos recibir el Concilio Vaticano II? ¿Qué lugar ocupa la liturgia en la vida de la Iglesia? Y, sobre todo, ¿puede la Eucaristía, que es sacramento de la unidad, convertirse en motivo de división entre los cristianos?

A vueltas con el latín

Una primera aclaración es importante. La discusión no consiste sencillamente en elegir entre el latín y las lenguas vernáculas.

El latín continúa siendo la lengua propia de los libros litúrgicos de la Iglesia romana. El actual Misal Romano tiene una edición latina que constituye su referencia. También hoy pueden celebrarse partes de la liturgia en latín. Por eso, identificar la liturgia tradicional exclusivamente con el latín conduce a una simplificación, que desemboca en un error total.

¿Dónde está la cuestión principal? La cuestión principal es la siguiente: qué edición del Misal Romano utilizamos. Una cosa es celebrar en latín según el Misal Romano promulgado después del Concilio Vaticano II y otra celebrar según la edición de 1962 del Misal Romano.

Y detrás de esa diferencia aparecen cuestiones mucho más importantes: cómo entendemos la reforma litúrgica, cómo recibimos el Concilio Vaticano II y cómo comprendemos la relación entre tradición y renovación.

En lugar de insistir en el latín, lo propio sería defender el arameo -lengua de Jesús- o el griego de san Ignacio de Antioquía, como garante de la Tradición

¿Es el Misal de san Pío V la “Misa de siempre”?

Con frecuencia se habla del Misal de san Pío V como si hubiera sido el comienzo de la Misa romana. Pero basta con echar una miradita a la historia, y se ve que no fue así.

En 1570, después del Concilio de Trento, san Pío V promulgó un Misal con la intención de ofrecer una referencia común para la celebración de la Iglesia latina. Pero ese Misal no apareció de la nada. Recogía una tradición litúrgica que se había ido formando durante siglos.

La liturgia de la Iglesia nunca ha permanecido completamente inmóvil. Los textos, las oraciones, los calendarios, las ceremonias y las rúbricas fueron cambiando con el paso del tiempo.

Por eso, cuando alguien afirma que una determinada forma litúrgica es sencillamente “la

Misa de siempre”, conviene preguntarse qué significa realmente esa expresión.

La Iglesia ha recibido una tradición, pero la ha celebrado y transmitido a lo largo de los siglos de maneras diversas.

Una Tradición que nunca estuvo congelada

El propio Misal de 1962 era fruto de una historia de reformas.

Antes de él hubo modificaciones importantes. San Pío X, que tanto se preocupó de la liturgia y la catequesis, promovió una reforma del canto y del Oficio Divino. Pío XII promovió cambios importantes, pues consideró que una renovación de la liturgia debía ser considerada como “paso del Espíritu Santo por su Iglesia”. Fue así que impulsó una profunda renovación de la Semana Santa y restauró en 1951 la Vigilia Pascual durante la noche. En 1955 se reformó ampliamente la Semana Santa y, en 1960, san Juan XXIII promulgó un nuevo Código de Rúbricas.

Por tanto, incluso el Misal de 1962 no era idéntico al de 1570.

Esto ayuda a comprender algo fundamental: la tradición litúrgica -dentro del marco de la Tradición- no consiste en conservar intacta una fotografía del pasado. La Tradición es una vida que se recibe, se celebra y se transmite.

La Iglesia no abandona su Tradición cuando reforma determinados aspectos de la liturgia. Puede hacerlo precisamente porque quiere conservar lo esencial y expresarlo de una manera adecuada para cada momento histórico.

Benedicto XVI quiso tender puentes

En este contexto hay que situar también las decisiones de san Juan Pablo II y de Benedicto XVI.

San Juan Pablo II amplió las posibilidades de utilizar el Misal de 1962. En 2007, Benedicto XVI promulgó el motu proprio *Summorum Pontificum*, que permitió un uso mucho más amplio de ese Misal. Su intención era, entre otras cosas, favorecer la reconciliación dentro de la Iglesia y ofrecer un espacio a quienes estaban vinculados de manera particular a aquella forma litúrgica. Benedicto XVI hablaba

de la posibilidad de un “enriquecimiento mutuo” entre las dos formas del rito romano.

La experiencia posterior, sin embargo, fue desigual. En algunos lugares se consiguieron celebraciones pacíficas y comunidades integradas. En otros surgieron tensiones. Y en determinados ambientes la defensa del Misal de 1962 terminó unida a una crítica cada vez más fuerte hacia la reforma litúrgica y, en algunos casos, hacia el propio Vaticano II.

Aquí comenzó a aparecer una cuestión que sería decisiva para el futuro.

¿Qué preocupaba realmente a Francisco?

El papa Francisco promulgó *Traditionis custodes* el 16 de julio de 2021. El documento no nació simplemente de una preocupación estética ni de una preferencia personal por una forma concreta de celebrar. Su preocupación era eclesial.

Francisco consideraba que en algunos lugares la utilización del Misal de 1962 estaba asociándose a un rechazo de la reforma litúrgica y, más profundamente, a una dificultad para aceptar el Concilio Vaticano II.

Por eso afirmó que los libros litúrgicos promulgados por san Pablo VI y san Juan Pablo II, de acuerdo con los decretos del Vaticano II, constituían la expresión ordinaria de la *lex orandi* de la Iglesia latina.

El problema no era eliminar la tradición litúrgica, que venía desde san Pío V, sino evitar que una determinada forma litúrgica terminara convirtiéndose en el signo de una Iglesia paralela. De ahí también la responsabilidad que se devuelve a los obispos. El obispo es el custodio de la vida litúrgica de su Iglesia particular y tiene la responsabilidad de procurar que la celebración de la Eucaristía construya la comunión. La clave es la comunión, no otra cosa.

No se trata de despreciar a quienes aman una determinada forma litúrgica. Se trata de recordar que la liturgia pertenece a toda la Iglesia y está llamada a unirnos, no a separarnos.

León XIV: ¿inclusión o cambio de rumbo?

La llegada de León XIV ha introducido nuevos matices en esta situación. Sus palabras sobre

la necesidad de encontrar soluciones que permitan una “inclusión generosa” de quienes están sinceramente vinculados al *vetus ordo* invitan a mirar también esta cuestión desde la perspectiva de la acogida pastoral.

No todos los fieles que participan en celebraciones según el Misal de 1962 lo hacen por rechazo del Concilio Vaticano II. Para algunos, se trata sencillamente de una experiencia espiritual que valoran profundamente.

En este contexto llamó también la atención la celebración del cardenal Raymond Burke en la Basílica de San Pedro.

Según informaron diversos medios especializados -y las fotos lo confirman-, el 25 de octubre de 2025 el cardenal Burke celebró una solemne Misa pontifical según la forma extraordinaria del rito romano en el Altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro.

El hecho tiene una evidente dimensión simbólica por el lugar de la celebración y por la personalidad de quien la presidió. Burke es uno de los cardenales más identificados con la defensa de la liturgia tradicional y uno de los críticos conocidos de algunas decisiones litúrgicas de Francisco.

Pero conviene ser prudentes. Una celebración concreta en San Pedro no significa necesariamente un cambio de la normativa universal de la Iglesia ni permite atribuir directamente al Papa una intención determinada.

La cuestión pastoral, en cualquier caso, permanece abierta. Hay fieles para quienes la liturgia tradicional está profundamente unida a su historia personal y espiritual. En ella han encontrado silencio, belleza, solemnidad, sentido del misterio y una forma de oración que les ha ayudado a acercarse a Dios.

Hay una anécdota que refleja la tensión: un joven sacerdote tradicionalista, con lágrimas en los ojos, le confesó al entonces cardenal Prevost –hoy León XIV– cómo la misa tridentina le evocaba las vísperas de su infancia en una aldea guineana, con el murmullo de las palmeras y el calor ecuatorial. “Eminencia, era mi puente al cielo”, dijo.

Cuentan que el futuro Papa, con esa mirada agustina, tal vez evocando sus raíces en Chichayo, respondió: “La Iglesia no es un museo, hijo, pero el corazón no olvida su latido”.

Creo que toda sensibilidad merece ser considerada y toda palabra es bueno que sea escuchada. Pero escuchar no significa convertir una sensibilidad litúrgica en la medida de toda la Iglesia. La acogida de las personas no exige absolutizar una determinada forma ritual.

El desafío consiste precisamente en mantener juntas dos cosas: la acogida de quienes buscan sinceramente a Dios y la fidelidad al camino litúrgico que la Iglesia ha recibido y desarrollado después del Concilio Vaticano II.

Desiderio desideravi: la clave teológica

Para comprender mejor esta cuestión resulta especialmente importante la carta apostólica *Desiderio desideravi*, publicada por el papa Francisco en 2022.

No es un documento dedicado directamente a regular el uso del Misal de 1962. Su importancia está en que ofrece una reflexión profunda, casi una meditación, sobre lo que significa celebrar la liturgia y un enérgico llamamiento a la formación litúrgica de los fieles.

Francisco recuerda que la liturgia no es algo que hacemos simplemente nosotros. Es Cristo quien continúa actuando en su Iglesia.

Una de las afirmaciones centrales de *Desiderio desideravi* dice: “Es la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, la que celebra, no solo el sacerdote” (n. 36).

Esta afirmación cambia nuestra perspectiva. La Misa no es propiedad del sacerdote. Pero tampoco es propiedad de la comunidad. No pertenece a un grupo concreto de fieles. No pertenece a quienes prefieren el latín ni a quienes prefieren la lengua vernácula.

La liturgia es un don que la Iglesia recibe. Por eso la participación de los fieles no consiste simplemente en hacer muchas cosas: moverse, cantar, levantarse... Participar no significa tener siempre algo que decir, hacer o representar.

La participación más profunda es entrar interiormente en el misterio que estamos celebrando.

Si los grandes documentos de la Iglesia hablan de la participación, ¿cómo es que se mantiene, al menos en su redacción oficial, el

precepto dominical de la Eucaristía formulado de este modo: oír misa todos los domingos y fiestas de guardar? ¿No invita el precepto a un individualismo litúrgico formalista y rancio que contradice aquello de que “la liturgia es el antídoto fundamental contra el individualismo”? Me temo que la vuelta a la liturgia tradicionalista puede fomentar, sin pretenderlo, el individualismo -olvidando a la asamblea- y el clericalismo.

La liturgia es el antídoto contra el individualismo

La cuestión litúrgica es también eclesial

El Concilio Vaticano II afirmó en *Sacrosanctum Concilium* que la liturgia es “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”. San Pablo VI, en su discurso del 4 de diciembre de 1963, en la Basílica de San Pedro, dijo: “Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual”.

¿Es la liturgia secundaria, entre las otras funciones o mediaciones eclesiales? En absoluto. La manera en que celebramos expresa, ni más ni menos, cómo entendemos la Iglesia. Así de claro, y no temo equivocarme.

La liturgia nos habla de Cristo, del sacerdocio, de la comunidad, de la autoridad, de la Tradición, de la participación y de la misión. Por eso las discusiones litúrgicas pueden adquirir tanta intensidad. No estamos hablando solamente de gestos, lenguas, ornamentos o posiciones del sacerdote.

Estamos hablando de cómo entendemos que Cristo reúne a su Iglesia y la hace participar de su vida: de su misterio pascual.

Algo a tener en cuenta. No en todos los sitios se dan las mismas situaciones. Sabemos que hay países donde sean desarrollado más los grupos tradicionalistas y es necesario abordar esa realidad.

La reforma litúrgica del Vaticano II no tiene vuelta atrás, como bien dijo el papa Francisco. Su validez es incuestionable, pero eso no quita que se busquen “soluciones concretas” para situaciones particulares. ¿Acaso en una

familia son iguales todos los hijos? Pues no. Cada uno tiene su forma de ser, de pensar... Por eso, los padres tratan de salir al paso en cada momento de las necesidades de cada uno, cuidando así de toda la familia del mejor modo posible.

¿Prohibió Francisco la Misa según el Misal de 1962?

Del papa Francisco se ha dicho de todo. Pero no nos dejemos engañar por mucho de lo que se ha dicho, y evitemos, si podemos, las simplificaciones.

Francisco, en su *Traditionis custodes* no estableció una prohibición absoluta de cualquier celebración según el Misal de 1962. Estableció, sí, condiciones más estrictas y confió al obispo diocesano determinadas responsabilidades, al tiempo que reservó algunas decisiones a la Santa Sede. Posteriormente, las disposiciones fueron precisadas.

Por eso tampoco es correcto presentar la cuestión como una guerra entre quienes quieren celebrar en latín y quienes no.

Hay que insistir en ello: el latín no es el problema. El problema aparece cuando una determinada forma litúrgica se utiliza para negar la legitimidad del camino recorrido por la Iglesia o para cuestionar la comunión eclesial.

Jóvenes y liturgia tradicional

Hay otro fenómeno que merece atención pastoral, y que, a mí, personalmente, me hace pensar: algunos jóvenes se sienten atraídos por la liturgia tradicional. No deberíamos responder a este fenómeno con desprecio o con ironía.

Preguntémoslos: ¿Qué encuentran algunos de ellos? Quizá silencio en medio de una cultura llena de ruido. Quizá solemnidad frente a la banalización. Quizá belleza frente a la improvisación. Quizá un lenguaje simbólico que les habla del misterio. Quizá una sensación de continuidad histórica en una época en la que todo parece cambiar constantemente. No debemos tener miedo de reconocer estas necesidades. Y, una vez reconocidas, debemos

atenderlas, yendo más allá de comentarios de sobremesa.

Quizá algunos jóvenes no estén buscando simplemente “la Misa antigua”. Quizá estén buscando una liturgia que les ayude a experimentar que están ante Dios.

¿Prefieren la liturgia tradicionalista porque les aporta una catarsis emocional -cargada con un tipo de espiritualismo-, algo que los obispos españoles han visto como un peligro en su nota doctrinal *Cor ad cor loquitur* -“El corazón habla al corazón”-, sobre el papel de las emociones en el acto de fe? ¿Si emociona, es auténtico, y es señal de acción divina? Si mueve y congrega ¿es bueno?

La emoción es una señal. Pero el discernimiento necesita razón, afectividad, oración y tiempo...

Para seguidores de Hakuna, por ejemplo, plantear preguntas sobre ellos, cuestionar la emoción que provocan sus encuentros y sus canciones, así como plantear ciertas dudas sobre su estilo y su forma de realizar la adoración del Santísimo, es visto como ataque, como signo de falta de fe, y hasta de cierta envidia por el “éxito” que tiene el grupo.

Con todos los respetos que merece cualquier persona o grupo -aunque las ideas y acciones pueden verse envueltas entre interrogantes-, no es cuestión de negar el valor de la emoción. Bien sabemos que la tradición cristiana siempre ha reconocido su lugar en la experiencia creyente. Pero no es lo único ni lo principal de esta.

La fe no se mide por la reacción ante cierta música o ante la elocuencia de cierta persona, o por la intensidad del momento, sino por su capacidad de mantenerse en el día a día, por su capacidad de integrar la razón -don de Dios- y abrirse a la comunión eclesial.

Es una cuestión de proceso, de tiempo, no de adrenalina “mística”. De todos modos, por sus frutos se conocerá la verdad de todo, de enero a diciembre y todos los días. Al Cristo misterio se le palpa en lo cotidiano, dándole sentido y valor a la existencia entera, no a emotivismos.

Que quede claro que la respuesta pastoral nunca ha de ser el desprecio por determinadas inquietudes de jóvenes, ni burlarse de

ellas, tampoco copiar sin más las formas que les atraen, para tener “gente”. Más bien, la cuestión consiste en ofrecerles celebraciones verdaderamente orantes, cuidadas, dignas, bellas y profundamente arraigadas en la fe de la Iglesia, no en la de uno o varios iluminados.

Una crisis que nos afecta a todos

Porque aquí aparece una cuestión que nos afecta a todos. No existe solamente una crisis relacionada con la liturgia tradicional. Existe también una crisis litúrgica más amplia: celebraciones rutinarias, en las que uno tiene la sensación de que no se celebra nada -y no hace falta para celebrar cantos y más cantos-; la formación es muy escasa, y no me refiero a los gestos o a las respuestas, sino a lo profundo de la liturgia; las improvisaciones por parte de quienes dirigen son lamentables; los protagonismos innecesarios, la falta de silencio, la dificultad para comprender los signos y gestos de la liturgia...

A veces convertimos la Misa en una sucesión de actividades. Queremos que todos participen, que todo sea “dinámico”, que haya muchas intervenciones, muchos símbolos. Pero una celebración no se vuelve más profunda solo porque hagamos más cosas o estemos todo el tiempo hablando, leyendo moniciones interminables o comentarios que aburren...

La liturgia es la acción de Cristo y de su Iglesia

La liturgia necesita silencio. Necesita belleza. Necesita dignidad. Necesita preparación. Necesita ministros bien formados y una comunidad que sepa qué está celebrando. Y no puede convertirse en un espectáculo.

Tampoco necesita excesos ornamentales, una proliferación de objetos, intervenciones constantes o una puesta en escena que termine distrayendo de lo esencial.

La liturgia, pues, no es un espectáculo religioso ni una reunión que organizamos nosotros. Es la acción de Cristo y de su Iglesia.

Cuando la liturgia se convierte en bandera

La Iglesia conoce diferentes tradiciones litúrgicas. Existe el rito romano, pero también

existen otras tradiciones: el rito ambrosiano, el hispano-mozárabe, las tradiciones orientales y muchas otras expresiones legítimas de la fe cristiana. Está en marcha el rito amazónico, que recoge las prácticas de inculturación del Evangelio y de encarnación de la Iglesia en el territorio. La diversidad litúrgica no es un problema.

El problema aparece cuando una determinada sensibilidad se convierte en una bandera y empieza a utilizarse para decidir quién es más auténticamente católico. Y esto puede ocurrir en cualquier dirección.

Puede ocurrir entre quienes consideran que todo lo anterior al Concilio es superior. Pero también puede ocurrir entre quienes anulan cualquier expresión de piedad tradicional como si fuera necesariamente una señal de atraso. Ninguna de las dos actitudes ayuda a construir la Iglesia.

La Eucaristía no está llamada a decirnos quién tiene la sensibilidad litúrgica correcta. Está llamada a hacernos un solo cuerpo.

Ni nostalgia ni rechazo del pasado

Necesitamos superar dos tentaciones. La primera es idealizar el pasado. No todo lo anterior al Concilio era perfecto. También entonces había rutinas, celebraciones poco cuidadas, escasa participación interior y dificultades pastorales.

La segunda es despreciar el pasado. La Iglesia no comenzó con el Concilio Vaticano II. Recibimos una historia, una espiritualidad, una riqueza litúrgica y una tradición que debemos conocer y valorar. El camino no pasa por elegir entre nostalgia y rechazo.

Podemos reconocer los abusos que han existido después del Concilio sin rechazar el Concilio. Podemos valorar elementos de la espiritualidad anterior sin convertir el Misal de 1962 en una especie de norma absoluta.

La tradición que viene de Trento y la renovación no tienen por qué ser enemigas. La tradición, inserta en la Tradición, está viva si no es excluyente. La Tradición está viva precisamente porque sabe transmitir la fe recibida en situaciones nuevas.

El Vaticano II está en la línea de la gran Tradición de la Iglesia. Se podrá acoger cualquier sensibilidad litúrgica, pero estoy convencido de que la línea roja ha de ser el Concilio.

La Misa no es nuestra: es un don

Existe una tentación muy extendida: pensar que, si reunimos a un grupo de creyentes, podemos adaptar la Misa completamente a sus necesidades.

Cambiamos las lecturas porque no encajan con el tema del encuentro. Modificamos los textos. Añadimos símbolos. Multiplicamos las intervenciones. Transformamos la homilía en una conversación entre todos. Hacemos de la presentación de las ofrendas una especie de representación. Todo se hace con buena intención. Pero la buena intención no basta.

La Misa no es nuestra. La Eucaristía es un don que hemos recibido. El sacerdote no es dueño de la liturgia. La comunidad tampoco. Ambos reciben algo que les precede.

Ya san Pablo VI recordaba, citando una expresión de Pío XI, el peligro de que los fieles estuvieran ante la liturgia “como extraños o mudos espectadores”.

El Concilio Vaticano II quiso precisamente que la participación fuera real y profunda, activa y fructuosa, interior y exterior. Pero participar no significa apropiarse de la liturgia. Significa dejar que la liturgia nos transforme.

Nadie es dueño de la Misa

La Misa: un misterio que acogemos

La Eucaristía es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”, como afirma *Lumen gentium*.

Por eso no necesitamos “reinventar” continuamente la Misa. Necesitamos celebrarla bien. Con fe. Con belleza. Con silencio. Con dignidad. Con reverencia. Con una participación verdaderamente interior.

La pregunta fundamental no debería ser: “¿Qué podemos hacer para que esta Misa sea más nuestra?”. Quizá deberíamos preguntarnos: ¿Qué quiere hacer Dios con nosotros en esta celebración? Porque la Misa es, ante todo, obra de Cristo.

En ella Cristo reúne a su pueblo, escucha su Palabra, alimenta a los suyos con su Cuerpo y su Sangre y los envía después a continuar su misión en medio del mundo.

Volver al centro

Toda esta controversia puede convertirse en una oportunidad. Una oportunidad para explicar mejor el Concilio Vaticano II. Una oportunidad para conocer mejor la historia de la liturgia. Una oportunidad para escuchar pastoralmente a quienes se sienten atraídos por la tradición litúrgica anterior. Una oportunidad también para revisar nuestras propias celebraciones y preguntarnos si realmente ayudan a encontrarnos con Dios. Porque, al final, el centro no es el latín.

Tampoco el centro es el Misal de 1962. Ni el Misal posterior al Concilio. Ni una determinada sensibilidad litúrgica. El centro es Jesucristo.

La Eucaristía nos alimenta para que podamos vivir como discípulos. Y lo que celebramos en el templo tiene que prolongarse después en nuestra vida: en el amor, en el perdón, en el servicio, en la atención a los pobres, en el acompañamiento de quienes sufren, en la lucha por la justicia y la verdad, en la misión y en el anuncio del Evangelio.

Una liturgia que nos encierra en nuestras preferencias ha perdido algo esencial. Y si discrepar nos lleva a despreciar al otro, es terrible.

Una liturgia que nos lleva a Cristo y, desde Cristo, nos envía hacia los demás, ha encontrado su verdadero sentido.

La Tradición cristiana no es un museo. Es una vida recibida que se transmite. Por eso, la pregunta decisiva no es si debemos mirar hacia atrás o hacia adelante. La pregunta es si somos capaces de recibir fielmente la fe de la Iglesia, asumir con responsabilidad el camino del Concilio Vaticano II y celebrar la Misa como el gran misterio de comunión que Cristo nos ha confiado.

La Misa no nos fue dada para dividirnos. Nos fue dada para hacernos un solo cuerpo. Y ese cuerpo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, es enviado después al mundo para anunciar que Jesucristo vive.

Lima, 13 de septiembre 2026